

***Quinto aniversario de la Revolución de Octubre y Cuarto
Congreso Mundial de la Internacional Comunista
(Discurso pronunciado ante los miembros activos de la
organización del partido en Moscú)***

**León Trotsky
20 de octubre de 1922**

(Versión al castellano de Matteo David desde “[The Fifth Anniversary of the October Revolution and the Fourth World Congress of the Communist International. Delivered Before the Active Membership of the Moscow Organization](#)”, en *The First Five Years of the Communist International*, Volume 2 Trotsky Internet Archive.
Subtítulo de la edición inglesa de New Park)

La enredada maraña de las contradicciones capitalistas se está desenredando, comenzando por Rusia.....	1
La lección fundamental de la revolución rusa	2
Los gastos indirectos de la revolución	5
El comunismo europeo debe conquistar al proletariado	6
La situación del capitalismo internacional	9
La futura táctica de los partidos comunistas.....	14
La situación en Inglaterra y Francia.....	19
Del trabajo al azar a la construcción sistemática.....	21
La educación de la juventud, cuestión de vida o muerte para nuestro partido.....	21

Camaradas, el Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista se reunirá durante un jubileo para el poder soviético, su quinto aniversario. Mi informe estará dedicado a estos dos eventos. Por supuesto, el jubileo es puramente formal con una fecha en el calendario, pero los eventos no están regulados por el calendario. El quinto aniversario del poder soviético no representa ningún período histórico acabado, tanto menos porque en nuestra época revolucionaria todo está en proceso de cambio, todo está en flujo, todo está aún lejos de ser estático, y no se alcanzarán las formas terminadas pronto. Sin embargo, es muy natural que todo individuo pensante, sobre todo comunista, se esfuerce por comprender lo que ha sucedido y analizar la situación tal como se configura en cita formal con el calendario, en el quinto aniversario del poder soviético y, por lo tanto, también con ocasión del Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista.

**La enredada maraña de las contradicciones capitalistas se está
desenredando, comenzando por Rusia**

Hace dos días asistí a una reunión de la célula de partido en la antigua planta de Bromley. Uno de los compañeros, un miembro de la célula, planteó lo siguiente: ¿en qué país sería la revolución proletaria más ventajosa desde el punto de vista de los intereses comunistas? Después de un momento de reflexión, le respondí que, tomándolo tan abstractamente, habría que decir que una revolución en los Estados Unidos sería la más ventajosa. La razón de esto es bastante fácil de entender. Este país es el más independiente del mundo desde el punto de vista económico. Su agricultura e industria están tan equilibradas que permiten al país mantener, en caso, digamos, de un salvaje

bloqueo, una existencia totalmente independiente. Además es el país más rico del mundo, disponiendo de la tecnología industrial más avanzada, poseyendo aproximadamente la mitad, tal vez un poco menos, de la reserva de oro comprobada. Es un país que concentra en sus manos la mitad más grande de la producción mundial en las ramas más importantes. Naturalmente, si el proletariado de este país tomara el poder en sus manos, tendría fundamentos materiales insuperables y premisas organizacionales y técnicas para la construcción socialista. El siguiente país en orden es Gran Bretaña, mientras que Rusia vendría en esta lista si no la última en la serie (porque existe Asia y está África) en todo caso muy abajo, hacia el final de la lista de países de Europa. Sin embargo, la historia, como ustedes saben, está desentrañando esta madeja enmarañada desde el extremo opuesto, es decir, desde el extremo donde se encuentra Rusia, un país que, en el sentido cultural y económico, es el más atrasado entre los principales países capitalistas. Es extremadamente dependiente en el sentido económico y tecnológico, y que, además, está completamente arruinado a causa de la guerra. Y si nos preguntamos hoy cuáles son las premisas políticas de la revolución proletaria en los Estados Unidos, naturalmente se puede admitir un posible curso de acontecimientos que aceleren extraordinariamente la conquista del poder por parte del proletariado norteamericano. Pero si tomamos la situación actual, debemos decir que en este país capitalista, líder más fuerte, más grande y decisivo, las premisas políticas, es decir, premisas en el plano de la creación de organizaciones sistemáticas de partidos y clases, son las menos preparadas. Se podría dedicar todo un informe para explicar por qué la historia comenzó a desentrañar el enredo en un país tan débil y atrasado en el sentido económico como el nuestro, pero en ese caso no podría hablar ni del Cuarto Congreso Mundial ni del Quinto Aniversario del Poder Soviético. Basta ahora con saber que nos hemos visto obligados, durante estos cinco años, a proseguir el trabajo de construcción socialista en el país económicamente más atrasado, mientras que el capitalismo, mortalmente hostil a nosotros, se ha mantenido en países burgueses muy superiores a nosotros económicamente. Este es el hecho fundamental, y de él, naturalmente, se derivó la temible intensidad de nuestra guerra civil.

La lección fundamental de la revolución rusa

Aquí, si queremos sacar nuestra conclusión fundamental, debemos decir en alabanza a nuestro partido que ha dado un ejemplo colosal para el proletariado de todos los países de cómo luchar por el poder y de cómo, después de conquistarlo, defender este poder mediante las medidas más resueltas, aplicando siempre que sea necesario los métodos de dictadura crueles e implacables, sin vacilar ante ninguna medida decisiva para atropellar la hipocresía burguesa, cuando está en juego la obtención del poder estatal por parte del proletariado revolucionario. Y ese libro de texto de la revolución rusa, que debería ser escrito, los trabajadores de todos los países lo estudiarán en los próximos años o quizás décadas, porque es imposible decir cuánto tiempo durará la revolución proletaria desde su comienzo hasta la conclusión: se trata de una época histórica completa. Si cometimos o no errores durante la guerra civil (y por supuesto que hubo errores), sin embargo hicimos en conjunto la parte más clásica de nuestra obra revolucionaria. Hemos hablado más de una vez de los errores que condicionaron nuestra necesidad de retroceso en la esfera económica, un retiro importante que se conoce entre nosotros como la NEP (Nueva Política Económica). El hecho de que marcháramos al principio por un camino determinado, y luego nos retiráramos y ahora estemos fortificándonos en ciertas posiciones, tiende a interrumpir en extremo la perspectiva no sólo entre nuestros enemigos sino también entre muchos de nuestros amigos.

Corresponsales simpatizantes y muchos comunistas, tanto europeos como estadounidenses, plantean como la primera cuestión, tanto durante la partida de nuestra delegación a Génova como hoy, el hecho de que muchas cosas han cambiado en Moscú (y hubo muchos visitantes en Moscú en 1919 y 1920) y que Moscú ahora se parece a demasiadas otras ciudades europeas y norteamericanas. Y en general, ¿dónde está la garantía de que los comunistas rusos verifican el desarrollo ulterior y se dirigen al comunismo y no al capitalismo? ¿Dónde está la garantía?

La impresión general, a simple vista, es que las conquistas socialistas ganadas en el primer período están ahora espontánea y automáticamente derritiéndose y desmoronándose y no parece haber un poder capaz de retenerlas. Es posible, camaradas, abordar la cuestión desde el otro extremo y decir lo siguiente: dejemos a un lado, por un momento, que procedimos a lo largo de la línea del así llamado comunismo de guerra y más tarde nos retiramos a la posición actual. Tomemos la situación tal como existe hoy y la comparémosla con lo que era el 25 de octubre, o en vísperas de la revolución de 1917. Si nuestros admiradores extranjeros o los comunistas europeos y estadounidenses nos sometieran a un interrogatorio, diríamos: los ferrocarriles, las minas, las plantas y las fábricas estaban en ese momento en manos de propietarios privados; enormes áreas de la tierra y los recursos naturales del país estaban en manos de propietarios privados. Hoy en día todos los ferrocarriles, la abrumadora mayoría, o en todo caso todas las plantas y fábricas más importantes, todos los recursos naturales más valiosos del país, están en manos del estado, que a su vez es propiedad de la clase obrera, apoyándose en las masas campesinas. Este es el hecho que tenemos ante nosotros como el producto de cinco años. Se produjo una ofensiva seguida de una retirada, pero aquí está el balance: como producto de cinco años, los medios más importantes de la industria y la producción, y un sector considerable de la producción agrícola, están bajo la supervisión directa y la gestión del estado obrero. Este es un hecho fundamental. ¿Pero qué ha provocado la retirada? Esta es una cuestión muy importante, porque el hecho mismo de la retirada tiende a interrumpir la perspectiva. ¿Cómo concebimos el orden sucesivo, el curso de la nacionalización de los medios de la industria y de la organización del socialismo? En todos nuestros viejos libros, escritos por nuestros maestros y por nosotros, siempre decíamos y escribíamos que la clase obrera, conquistando el poder estatal, nacionalizaría paso a paso, empezando por los medios de producción mejor preparados, los cuales serían transferidos al cimiento socialista. ¿Esta regla sigue vigente hoy? Indudablemente, y diremos en el Cuarto Congreso Mundial, donde discutiremos la cuestión del programa comunista: ¿la clase obrera habiendo conquistado el poder en Alemania o en Francia tiene que comenzar por aplastar el aparato para poder organizar los medios técnicos, la maquinaria de la economía monetaria y reemplazarlos por la contabilidad universal? No, la clase obrera debe dominar los métodos de circulación capitalista, los métodos de contabilidad, los métodos de funcionamiento del mercado, los métodos de reposición bancaria y gradualmente, en consonancia con sus propios recursos técnicos y el grado de preparación, pasar a la planificación reemplazando la contabilidad por un cálculo de la rentabilidad o la no rentabilidad de una empresa dada, reemplazando la contabilidad haciendo un balance de los medios y fuerzas centralizados, incluida la fuerza de trabajo.

Esta es la lección fundamental que debemos enseñar una vez más a los trabajadores del mundo entero, una lección que nos enseñaron nuestros maestros. Si no seguimos esta lección, fue debido a condiciones de carácter político, debido a las presiones que se nos impusieron después de nuestra conquista del poder estatal. Esta es la diferencia más importante entre la revolución proletaria, como ocurrió en Rusia, y la revolución que ocurrirá, digamos, en Norteamérica. En ese país, antes de la conquista

del poder, la clase obrera tendrá que superar las dificultades más colosales, pero una vez que haya conquistado el poder, la presión sobre los frentes en los que nos vemos obligados a luchar será mucho menor, porque nuestro país, con su pequeña burguesía, sus kulaks atrasados, experimentó la revolución de una manera diferente y porque nuestra revolución sorprendió a la burguesía rusa. Por el hecho mismo de la Revolución de Octubre, enseñamos a la burguesía a comprender lo que había perdido cuando los obreros tomaron el poder y fue sólo el hecho de la propia revolución lo que impulsó a la burguesía, a los kulaks y a los oficiales, a organizarse. Destruimos a la burguesía no tanto antes del 25 de octubre como durante la noche del 25 al 26 de octubre, como en el intervalo de tres años que siguió al 25 de octubre, cuando la burguesía, los terratenientes y los oficiales comprendieron lo que estaba en juego y comenzaron la lucha contra nosotros con la ayuda del capitalismo europeo. En Europa tenemos un proceso que difiere profundamente del de nuestro país, porque allí la burguesía está mucho mejor organizada y es más experimentada, porque allí la pequeña burguesía se ha graduado de la escuela de la gran burguesía y, en consecuencia, es también mucho más poderosa y experimentada, y, además, la revolución rusa les ha enseñado mucho. En estos países, por lo tanto, la preparación y armamento de las bandas contrarrevolucionarias se está llevando a cabo paralelamente a la preparación y templado del partido comunista para esta lucha, que será mucho más intensa antes del 25 de octubre, pero no después. Sólo antes. El hecho de que en nuestro país, al día siguiente de la conquista del poder, las fábricas y los talleres resultaran ser las fortalezas y las ciudadelas de la burguesía, base principal de la que dependía el imperialismo europeo, nos obligó a recurrir a la nacionalización, independientemente de nuestra capacidad o de la capacidad de organizar estas empresas con nuestras propias fuerzas y recursos.

Y si, por razones políticas, expulsamos a los propietarios de las fábricas, mientras que nosotros mismos estábamos privados de la posibilidad de gestionar inmediatamente estas fábricas; si, por razones políticas, cortamos con la espada de la dictadura y el terror la bolsa de valores y los bancos, es evidente que destruimos mecánicamente el aparato al servicio de la burguesía y que la burguesía empleó para organizar la economía y para distribuir las fuerzas productivas y los productos básicos en el país. En la medida en que destruimos este aparato de un solo golpe, estábamos, en general, obligados a sustituirlo por otro con el aparato de contabilidad y distribución centralizadas. Pero ese aparato debía ser creado primero; teníamos que tenerlo primero. Pero, naturalmente, debido a todas las condiciones previas, debido a todo nuestro pasado, debido a nuestro nivel de desarrollo y conocimiento, no podíamos crearlo. Y así, por los aspectos titánicos e ineluctables de la guerra civil como tal, y por la imposibilidad incluso para una clase obrera avanzada y más aún para nosotros, en un país atrasado, de crear un aparato de cálculo y distribución socialista en el espacio de veinticuatro horas, precisamente por esto surgió toda la tragedia de nuestra economía. El comunismo de guerra tampoco era nuestro programa, se nos impuso. En la medida en que hubo frentes en la guerra civil, en la medida en que nos vimos obligados a destruir las bases de apoyo del enemigo detrás de esos frentes, es decir, las empresas capitalistas privadas de todas las categorías, en esa medida nos vimos obligados a gestionarlas a salto de mata y de manera guerrera. Esta era la época del comunismo de guerra y no esconderé que aquí, como siempre, las personas tendían a hacer de la necesidad virtud, es decir, en la misma medida en que se nos impuso el comunismo de guerra, las principales instituciones partidistas tendían a ser arrastradas por la inercia, en el sentido de engañarse a sí mismas, de que teníamos aquí una solución completa de las tareas de la economía socialista. Pero si dibujamos el balance, debemos decir que la ofensiva y la retirada en el campo de la economía han venido dictadas por las exigencias de la guerra

civil, que son absolutamente imperativas y que limitan nuestras condiciones económicas y el grado de nuestra adaptación económica o la falta de adaptación. En otras palabras, esencialmente nuestra ofensiva a lo largo de la línea del comunismo de guerra, así como nuestra retirada a lo largo de la línea de la NEP fueron históricamente inevitables en parte y en conjunto; Y sólo sobre la base de esta necesidad histórica es posible y necesario analizar nuestros errores subjetivos, tanto como partido como poder estatal.

Los gastos indirectos de la revolución

Queda, camaradas, la cuestión más importante de todas. Como resultado de cinco años, el estado obrero, como ya he dicho, dispone, después de nuestro repliegue, de los medios más importantes de producción y ejerce poder. Esto es un hecho. Pero también hay otro hecho, a saber, que hoy representamos uno de los países más pobres de Europa. Sin embargo, es bastante obvio que el socialismo tiene sentido sólo en la medida en que asegura una mayor productividad del trabajo. El capitalismo en su día reemplazó al feudalismo, mientras que el último reemplazó a la economía esclavista. ¿Por qué? Porque cada orden económico siguiente era más rentable en el sentido socio-tecnológico que el orden que apartó a un lado. Y el socialismo adquirirá naturalmente su justificación práctica y no teórica sólo con la condición de que proporcione una mayor cantidad de bienes por cada unidad de fuerza de trabajo para la satisfacción de las necesidades sociales. Y este es el argumento principal contra nosotros. Fue utilizado incluso por los representantes franceses en Génova. Y Colrat, el experto económico francés, lo repitió en una forma tosca e insolente: “No se atrevan a enseñarnos el socialismo cuando su país está en un estado de completa desorganización”. Habríamos preferido proporcionar en los últimos cinco años pruebas de carácter empírico, es decir, mostrarle a Europa una economía superior a la que obtuvimos en 1917. Esto no sucede, pero esto ya es atribuible a los gastos de la propia revolución. No se ha hecho una sola revolución sin una disminución del nivel económico del país. Y uno de los historiadores burgueses conservadores de la Revolución Francesa, Taine, tan estimado en la Tercera República Francesa, ha afirmado que durante ocho años después de la Gran Revolución Francesa, el pueblo francés permaneció más pobre que en vísperas de la revolución. Esto es un hecho. La sociedad está tan atravesada por las contradicciones, que es capaz de alcanzar una etapa superior de desarrollo sólo a través de una lucha de clases interna. La sociedad está constituida de tal manera que una lucha de clases interna en la forma plenamente desarrollada de la guerra civil implica una disminución de los niveles económicos. Pero, al mismo tiempo, naturalmente, (todos los alumnos lo saben hoy en día), fue precisa y exclusivamente la Gran Revolución Francesa la que creó en Francia las premisas gubernamentales, jurídicas y culturales, que constituyeron la única base para el desarrollo del capitalismo allí, con todas sus proezas, su tecnología y su cultura burguesa. En otras palabras, lo que quiero decir es que el período de cinco años (y debemos decirlo a todos nuestros críticos, maliciosos y bien intencionados, que emplean este argumento) no proporciona una escala histórica por medio de la cual sea posible pesar los resultados económicos de la revolución proletaria. Todo lo que vemos hasta ahora en nuestro país son las erogaciones generales en la producción de la revolución. Estos son gastos para la revolución misma. Y naturalmente, puesto que estos gastos debían cubrirse con capital heredado, que a su vez había sido desorganizado y devastado por la guerra imperialista, se sigue de ello que vemos en nuestro país muchas más ruinas del capitalismo que los resultados de la construcción socialista. La escala es demasiado pequeña. Esto es lo que debemos repetir una vez más en el Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista. Cinco años en relación con la tarea de reemplazar al

capitalismo por el socialismo, una tarea de la mayor magnitud histórica, cinco años no podría naturalmente provocar los cambios necesarios y lo que es, naturalmente, lo más importante de estos cinco años constituyó el período en que el socialismo, como he dicho al principio, se estaba construyendo o se hicieron intentos de construirlo en el país más atrasado. La Gran Revolución Francesa, por otra parte, se desarrolló en el país más avanzado del continente europeo, un país que había alcanzado un nivel más alto que cualquier otro, con la excepción de Inglaterra a la otra parte del Canal de la Mancha. En nuestro país, el estado de cosas asumió un cambio mucho menos favorable desde el principio.

Aquí, camaradas, están bosquejados los argumentos que desarrollaremos en nombre de nuestro partido en el Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista, en el que debemos preguntar a nuestros camaradas europeos y estadounidenses y, al mismo tiempo, preguntarnos a nosotros mismos: ¿Cómo están realmente las cosas con respecto a las posibilidades para el desarrollo de la revolución europea? Porque es perfectamente evidente que el ritmo de nuestra construcción futura dependerá en gran medida del desarrollo de la revolución en Europa y en Norteamérica.

El comunismo europeo debe conquistar al proletariado

Para responder a la pregunta sobre la etapa que ha alcanzado hoy el movimiento revolucionario del proletariado europeo y norteamericano, sobre todo el primero, es necesario detenerse brevemente en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista que tuvo lugar el pasado verano. En ese momento también me asignó la organización moscovita hacer un informe a los camaradas de Moscú, considerando al Tercer Congreso como una nueva etapa, como inaugurando una nueva etapa en el desarrollo del movimiento proletario revolucionario. Esta etapa también comenzó con un cierto y muy importante retroceso. Y estas dos retiradas, la primera en el terreno económico y la otra en el campo político en Europa, están estrechamente unidas entre sí, porque nuestro comunismo de guerra se podría haber desplegado sin retroceder hasta el completo socialismo y comunismo con una condición, a saber: que el proletariado de Europa tomase el poder en 1920 y 1921. Si eso hubiera ocurrido, no sólo habrían cesado las hostiles presiones del exterior, sino que habríamos obtenido recursos inagotables para la asistencia técnica, organizativa y cultural. Podemos decir que el comunismo de guerra, objetivamente impuesto sobre nosotros esencialmente por las exigencias imperativas de la guerra civil, estuvo al mismo tiempo subjetivamente justificado en la medida en que estaba vinculado con las esperanzas de un flujo rápido de la revolución en Europa Occidental, que nos levantaría y nos impulsaría hacia adelante a un ritmo mucho más rápido de lo que podríamos alcanzar desde nuestros propios y patéticos fundamentos culturales. La revolución en occidente se retrasó y se tuvo esto en cuenta en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista del año pasado, hace unos 15 o 16 meses. La revolución también tuvo en cuenta la naturaleza de sus métodos de acción futuros. La señal para una revisión de las tareas internacionales del comunismo fue dada por los acontecimientos de marzo de 1921 en Alemania. Recordareis lo que pasó. Hubo convocatorias de huelga general, sacrificios de los obreros, masacre cruel del partido comunista, internamente hubo desacuerdos por parte de algunos y gran traición por parte de otros. Pero la Internacional Comunista dijo firmemente: en Alemania, la política seguida por el partido comunista en las jornadas de marzo fue un error. ¿Por qué? Porque el partido alemán consideraba que se enfrentaba directamente con la tarea de conquistar el poder. Resultó que la tarea a la que se enfrentaba el partido era la de conquistar no el poder, sino a la clase obrera. ¿Qué alimentó la psicología del Partido

Comunista de Alemania en 1921 que lo llevó a la acción de marzo? Estuvo nutrida por las circunstancias y los estados de ánimo que cristalizaron en Europa después de la guerra. ¿Recordáis el año 1919? Era el año en que toda la estructura del imperialismo europeo se tambaleaba bajo el impacto de la mayor lucha de masas del proletariado en la historia y cuando diariamente esperábamos noticias de la proclamación de la república soviética en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia. La palabra “soviets” se hizo tremendamente popular; en todas partes se organizaban estos soviets. La burguesía estaba a punto de caer. El año 1919 fue el año más crítico de la historia de la burguesía europea. En 1920, los temblores (que podemos afirmar hoy en retrospectiva) disminuyeron considerablemente, pero seguían siendo extremadamente turbulentos, de tal manera que se podían albergar esperanzas de que en pocas semanas o meses tendríamos una rápida liquidación del régimen burgués. ¿Cuáles fueron las premisas para la revolución proletaria? Las fuerzas productivas estaban maduras, así como las relaciones de clase; El papel social objetivo del proletariado hacía que este último fuera plenamente capaz de conquistar el poder y proporcionar el liderazgo necesario. ¿Qué faltaba? Faltaba la premisa política, la premisa subjetiva, es decir, el conocimiento de la situación por parte del proletariado. Faltaba una organización a la cabeza del proletariado, capaz de utilizar la situación para la preparación organizativa y técnica directa de una insurrección, del derrocamiento, de la toma del poder, etc. Esto es lo que faltaba. Esto quedó trágicamente claro en septiembre de 1920 en Italia. Entre los obreros italianos, como trabajadores de un país que había sufrido más cruelmente la guerra, y como un joven proletariado sin la superioridad de un proletariado antiguo, pero sin las características negativas de este último, el conservadurismo, las antiguas tradiciones, etc., dentro de este proletariado las ideas y los métodos de la revolución rusa se encontraron con la respuesta más poderosa. El Partido Socialista de Italia, sin embargo, no tomó en cuenta claramente el contenido completo de estos conceptos y estas consignas. En septiembre de 1920, la clase obrera de Italia había ganado el control del estado, de la sociedad, de las fábricas, de las plantas y de las empresas. ¿Qué faltaba? Faltaba un partido: faltaba un partido que, apoyado en la clase obrera insurreccional, se hubiese lanzado a una lucha abierta con la burguesía por aquellos remanentes de fuerzas materiales que todavía estaban en manos de ésta, destruyendo esas fuerzas, tomando el poder y consumando así la victoria de la clase obrera. En esencia la clase obrera ya había conquistado o prácticamente conquistado, pero no había una organización capaz de consolidar definitivamente esta victoria, y así la clase obrera se encontró rechazada. El partido se dividió en segmentos, el proletariado fue aplastado. Y desde entonces, durante 1921 y 1922 hemos estado presenciando la más espantosa retirada política de la clase obrera en Italia bajo los golpes de las bandas burguesas y pequeño-burguesas consolidadas, conocidas como fascistas.

El fascismo es la venganza exigida por la burguesía por el temor que había experimentado durante los días de septiembre de 1920 y al mismo tiempo es una trágica lección para el proletariado italiano, una lección sobre el significado de un partido político centralizado, unificado y que sabe lo que quiere; que es cauteloso en la elección de las condiciones, y resueltamente despiadado en la aplicación de los medios necesarios cuando es la hora de asestar el golpe. Comparando los acontecimientos de un tipo como los de septiembre en Italia con los de nuestro propio país, debemos y debemos aprender una y otra vez a valorar a nuestro partido que tiene que funcionar en condiciones incomparablemente más difíciles, porque está funcionando en un medio cultural bajo las condiciones de un atrasado y donde predomina el campesinado.

En los acontecimientos de marzo de 1921 de Alemania tuvimos una imagen diametralmente opuesta a lo que ocurrió en Italia. En 1919 la clase obrera alemana

emprendió una serie de batallas crueles y sangrientas, lo mismo sucedió en 1920, y durante las jornadas de enero y marzo de 1920 la clase obrera alemana se convenció de que sólo el heroísmo, esa disposición a aventurarse y a morir no era suficiente. Que de alguna manera la clase obrera carecía de algo. Comenzó a adoptar una actitud más atenta y expectante hacia los acontecimientos y los hechos. En su momento se había adueñado de la vieja socialdemocracia para asegurar su derrocamiento socialista. La socialdemocracia arrastró al proletariado a la guerra. Cuando retumbaron los truenos de la revolución de noviembre de 1918, la vieja socialdemocracia empezó a hablar el lenguaje de la revolución social e incluso proclamó, como ustedes recuerdan, que la república alemana era una república socialista. El proletariado tomó esto en serio y siguió avanzando. Colisionando con las bandas burguesas sufrió aplastantes derrotas una, dos veces y una tercera. Naturalmente, esto no significa que su odio a la burguesía o su disposición a la lucha se hubieran reducido, pero sus cerebros, mientras tanto, habían adquirido muchas nuevas circunvoluciones de cautela y vigilancia. Para nuevas batallas ya quiere tener garantías de victoria. Y este estado de ánimo comenzó a crecer más fuerte entre la clase obrera europea en 1920-1922, después de las experiencias del asalto inicial, después de las semivictorias iniciales y conquistas menores y las subsecuentes derrotas mayores. En ese momento, en los días en que la clase obrera europea empezó, después de la guerra, a entender claramente, o al menos a sentir, que el asunto de conquistar el poder estatal es un asunto muy complicado y que con las manos desnudas no se puede hacer frente a la burguesía. Momento este en el que el sector más dinámico de la clase obrera formó el partido comunista. Pero ese partido comunista todavía se sentía como si fuera un obús disparado de un cañón. Apareció en la escena y le pareció que sólo necesitaba lanzar su grito de batalla, avanzar y la clase obrera se apresuraría a seguir. Resultó todo lo contrario. Resultó que la clase obrera había sufrido una serie de desilusiones con respecto a sus primitivas ilusiones revolucionarias y asumió una actitud de vigilancia cuando el partido comunista tomó forma en 1920 (y especialmente en 1921) y se precipitó hacia adelante. La clase obrera no estaba acostumbrada a este partido, no había visto al partido en acción. Puesto que la clase obrera había sido engañada más de una vez en el pasado, tenía todas las razones para exigir que el partido ganase su confianza o, por decirlo de otra manera, el partido debía cumplir con su obligación de demostrarle a la clase obrera que debería seguirlo y que estaba justificado seguir al partido en la batalla, cuando el partido lanzó la orden.

Durante las jornadas de marzo de 1921 en Alemania vimos un partido comunista devoto, revolucionario, listo para la lucha, corriendo hacia adelante, pero no seguido por la clase obrera. Tal vez un cuarto o un quinto de la clase obrera alemana sí lo hizo. Debido a su impaciencia revolucionaria, este sector más revolucionario entró en colisión con las otras cuatro quintas partes. Y ya intentados, por así decirlo, mecánicamente, y aquí y allá por la fuerza, atraerlos a la lucha, lo cual está, por supuesto, completamente fuera de cuestión. El partido corría el riesgo de romperse no tanto contra la resistencia de la burguesía, sino contra la resistencia de los cuatro quintos o dos tercios de la propia clase obrera. Pero en ese momento la Internacional Comunista hizo sonar la alarma, proclamando una nueva etapa. En el curso de 1919 y 1920, período de los movimientos revolucionarios espontáneos, la conquista del poder era realmente factible. Dado incluso un pequeño partido comunista en Alemania, digamos, con uno o doscientos mil comunistas, las posibilidades para la conquista del poder estaban allí. Pero después de la desilusión de la clase obrera, una vez que la burguesía había logrado recuperarse, arraigarse y restaurar su aparato estatal, y una vez que la clase obrera tomó una posición más cautelosa y dilatoria, la aparición de ciento o doscientos mil comunistas ya no bastaba. Y en cambio surgió la necesidad de que los comunistas conquistasen, mediante

la experiencia, en la práctica y en la lucha, la confianza de la clase obrera bajo las nuevas condiciones. Y esto es exactamente lo que proclamó el Tercer Congreso de la Internacional Comunista. A este respecto, aquí en Moscú hemos tenido enfrentamientos acalorados con los camaradas alemanes. Más tarde en su propio congreso, después de la reunión mundial, en realidad cambiaron de rumbo y nos criticaron un poco, argumentando que incluso si se concedía que una nueva etapa estaba comenzando, no estaban en absoluto de acuerdo con las expectativas de los camaradas rusos, que se balanceaban un poco demasiado a la derecha etc. Si nos preguntamos: ¿Cuál fue, en esencia, el comienzo de esta nueva etapa? ¿Comenzó con las jornadas de marzo en Alemania? Entonces tendríamos que responder negativamente. No, comenzó con la crítica de los acontecimientos de marzo. Las jornadas de marzo llegaron como la consumación de la época inicial del asalto caótico que no pudo traer la victoria porque no había ningún partido comunista en Europa. Y el movimiento de marzo y la política de marzo llegaron ya como un aborto de esta época. Y así, con la crítica de la política de marzo del partido comunista, se abrió una nueva época en el desarrollo de la Internacional Comunista, una época que, a primera vista, contiene mucho, por decirlo así, de prosaico: agitación, propaganda, organización, conquista de la confianza de los trabajadores en las luchas del día a día. Algunos compañeros nos dijeron: ¿Y dónde está la garantía de que esta obra organizacional-agitación-educativa no degenerará en el mismo reformismo, en el camino recorrido por la Segunda Internacional? No hay garantía externa. Las garantías surgen de nuestro trabajo, nuestra crítica, nuestra autocritica y nuestro control. Pero hay garantías objetivas mucho más graves. Son inherentes a la situación del propio capitalismo y a la existencia de un país bajo un gobierno obrero.

La situación del capitalismo internacional

La situación del capitalismo mismo es también una cuestión sobre la que hemos hablado en detalle en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista y sobre la cual, con toda probabilidad, también hablaremos en su Cuarto Congreso al discutir las cuestiones tácticas. La cuestión se reduce a esto: ¿Está el capitalismo europeo y mundial desintegrándose, o ha dado pruebas de su viabilidad? ¿Está restaurando su equilibrio? El problema en su conjunto es muy grande, y sólo me referiré a sus rasgos más generales, que son incondicionalmente indispensables para comprender los destinos del movimiento revolucionario en Europa y en todo el mundo. En 1920 la economía mundial experimentó una temible crisis, como nunca se había conocido en la historia del capitalismo. Esta crisis estalló en la primavera de 1920 en Japón y en Norteamérica y de repente saltó a Europa, abarcando a toda Europa a mediados de 1920 y llegando a una increíble agudeza a principios de 1921. El Tercer Congreso de la Internacional Comunista se reunió precisamente en el momento en que la crisis se apoderó del mundo entero, cuando había entre cinco y seis millones de parados en Estados Unidos, unos dos millones en Inglaterra, etc. La industria y el comercio disminuyeron en comparación con 1913 a diferentes ritmos en diferentes países, pero en general las proporciones de la disminución fueron enormes. Y así, muchos camaradas describieron la situación de la siguiente manera: aquí tenemos la crisis del capitalismo consecuente a la guerra, y es la crisis final y fatal, que debe continuar desintegrando cada vez más la vida económica, hasta que, como resultado de esta crisis resulte la revolución proletaria, la guerra civil y la conquista del poder. Por lo tanto (de esta psicología) surgió la táctica de las jornadas de marzo en Alemania. Esta crisis de 1920 fue considerada como la crisis final, decisiva y fatal del capitalismo. Sobre esta cuestión se produjo entre nosotros una lucha

ideológica no sólo con los camaradas europeos, sino que también lanzó una ráfaga en nuestras propias filas. Cuando hice un comentario casual de que esta crisis, como cualquier otra crisis, está destinada a ser reemplazada por un renacimiento, recuerdo que un cierto número de compañeros, en primer lugar, N.I. Bujarin y el camarada Sokolnikov, se levantaron vehementemente en armas contra mí. Hoy, sin embargo, camaradas, la Internacional Comunista ha publicado como documento oficial para el Cuarto Congreso Mundial, un informe económico del camarada Varga, que se basa enteramente en esto: que el cambio en la coyuntura económica tuvo lugar a finales de 1921 y terminó en la primera mitad de 1922. ¿Y cómo podría haber sido de otra manera? Aquellos camaradas que negaban que era inevitable un resurgimiento económico, estaban tomando su punto de partida de una perspectiva puramente económica con respecto a la decadencia del capitalismo. En este punto es necesario recordar de la manera más general dos o tres verdades teóricas indispensables para nuestra comprensión de la situación tal como ha surgido.

Las fuerzas productivas del capitalismo se han desarrollado, se puede decir, desde la infancia del capitalismo hasta la guerra mundial. Las líneas de desarrollo tienden, desde cierto punto de vista, a divergir, las fuerzas productivas se expanden, elevándose a niveles cada vez más altos; Y como hemos aprendido de Marx, en su obra *El Capital*¹ (este hecho también era conocido por los economistas burgueses premarxistas, pero fue Marx quien lo explicó), el desarrollo del capitalismo no tiene lugar en línea recta o de manera uniforme, sino a través de oscilaciones, crisis y avivamientos, con todas las fases intermedias de transición. Cada ocho o nueve o diez años el capitalismo mundial, y junto con él los respectivos capitalisms nacionales, pasan por etapas de auge, reflujos, depresión, crisis, cesación de crisis, ascensión, boom, etc. Esta línea trazando el ascenso del capitalismo y de sus fuerzas productivas no representa así una línea recta sino una línea ondulada y cada onda abraza un lapso de aproximadamente nueve años en la media de los últimos 150 años. Primero viene un boom, y luego le sigue una crisis. ¿Qué significa esto? Decimos que la crisis destruye las fuerzas productivas superfluas mientras que el boom regenera las fuerzas productivas, aumentándolas. ¿Y cuál es el resultado final? El resultado final, digamos para 150 años de capitalismo, es que todos los países se han enriquecido. ¿Qué significa esto? Significa que, en conjunto, el auge de las fuerzas productivas supera a la crisis, es decir, que la suma total de auges produjo un excedente que no fue destruido por las crisis. O de lo contrario el capitalismo no podría haberse desarrollado. Pero ¿sucede un boom idéntico después de cada crisis? No. La curva del desarrollo capitalista no representa una gráfica uniformemente ascendente, sino un aumento que se produce de la siguiente manera: en un principio, es virtualmente horizontal. Las fuerzas productivas no muestran casi ningún crecimiento, digamos, por un período de 50 años, si tomamos el intervalo hasta 1849. A continuación, a partir de 1849 la curva comienza a moverse bruscamente hacia arriba, hasta principios de los setenta. De 1873 a 1895-1896 hay retraso y las fuerzas productivas se desarrollan muy gradualmente.

Luego, de 1896 a 1913, la curva asciende violentamente casi hasta vísperas de la última guerra. Además, esta curva vibra de forma ascendente y de forma descendente todo el tiempo, como una cuerda estrechamente tensada. Estas son las ondas periódicas en cada década. Cuando el capitalismo se desarrolla en el mismo nivel, es decir, permanece casi sin cambios, significa que los auges están aproximadamente equilibrados por las crisis. Cuando el capitalismo se desarrolla tempestivamente de

¹ [Trotsky se refiere particularmente a los pasajes de *El Capital* dedicados a las crisis. El lector puede remitirse a la recopilación de textos de Marx *La crisis* editado como [cuaderno de formación](#) por el extinto [Grupo Germinal](#)]

forma ascendente, las fuerzas productivas se expanden y la nación se hace más rica, significa que los auges sobrepasan con creces las crisis, los auges se prolongan más, las crisis son más bien de transición y de breves retardo. En la época del declive capitalista, las fuerzas productivas se descomponen, como ha ocurrido en general en la época que comenzó después de la guerra, que ha perdurado hasta el día de hoy y que seguirá perdurando por mucho tiempo.²

Esto significa que en la época de la decadencia las crisis golpean más profundamente que los booms: las crisis superan a los booms. ¿Puede el capitalismo desarrollarse sin fluctuaciones cíclicas, sin las transiciones del boom a la crisis? No. Así como el organismo humano (lo he repetido decenas de veces) continúa respirando hasta la muerte, así los latidos del corazón del capitalismo continúan en la infancia y en la madurez y en el lecho de muerte por igual. Su corazón sigue batiendo, pero los latidos del corazón no son los mismos. Cuando un hombre se está muriendo, su corazón late de una manera completamente distinta a la de un hombre sano, y de esto, al tomar el pulso, es posible determinar su condición. Del mismo modo es posible determinar si el capitalismo está ascendiendo, o descansando en un mismo nivel, o desintegrándose. En 1920, e incluso antes en 1913, se produjo un punto de ruptura inconfundible. Ya he dicho que en el transcurso de 17 a 18 años, de 1896 a 1913, el capitalismo dio un extraordinario salto hacia arriba, pero luego fue bloqueado por la lucha de los países capitalistas en el mercado mundial; los gobiernos, el personal diplomático, la burguesía, los círculos militares, se volvieron más nerviosos y precipitaron el conflicto a través del acto sanguíneo de 1914, debido al retraso que se produjo, a partir de 1913, en el mercado mundial. Este retraso significaba un punto de ruptura profundo y si no hubiese habido guerra, el estancamiento capitalista se habría producido de todos modos en 1914; el desarrollo del capitalismo habría comenzado su caída hacia abajo, continuando fluctuando todo el tiempo. La guerra imperialista fue el producto del tormentoso desarrollo de las fuerzas capitalistas en el curso de esos 17 años más notables en la historia del capitalismo. La guerra creó un mercado artificial y pareció barrer la crisis. La guerra sentó las bases para utilizar los motores de la destrucción; abrió el método de arruinar a todas las naciones. Después de la guerra, en 1919, durante el período más crítico, la burguesía continuó su política de guerra. Enviando a tomar viento cualquier precaución, siguió emitiendo papel moneda, y continuó el sistema de acumulación de deudas nacionales. Complementaba los salarios de los obreros con alquileres baratos o con un surtido de privilegios; aceptó la jornada laboral de 8 horas. Todo esto no provenía de la posición del capitalismo, sino de la posición política de la burguesía como clase. Esta estrategia económica salvó a la burguesía en 1919, pues sobornó a la aristocracia obrera, dividiendo al proletariado en una democracia y una aristocracia del trabajo. La burguesía extendió artificialmente la prosperidad en 1919, desorganizó sus finanzas estatales y su base económica, pero paralizó la revolución. Sin embargo, las leyes del desarrollo económico, que sólo se podían controlar temporalmente, se hicieron sentir en 1920.

Siguió una crisis que asumió formas monstruosas, con millones de desempleados en Europa y Norteamérica. A algunos camaradas les parecía que esta crisis, que comenzó en 1920, era la crisis final del capitalismo; Y que sobre la base de esta crisis la clase obrera estaba obligada a llegar al poder a través de una insurrección. De ahí que fluyeran los acontecimientos de marzo en Alemania. Luchamos contra este punto de vista. Sabíamos que la crisis sería seguida por un avivamiento y el peligro más grande de que los comunistas, al golpear la cabeza contra este avivamiento, pudieran decir

² [Véase la nota de Engels número 3 a pie de página, páginas 459 y 460, capítulo XXX, “Capital-dinero y capital efectivo I”, en el Tomo III de *El Capital*, FCE, 1972]

que la base de la revolución se había agotado desde que se había puesto en marcha un avivamiento y el capitalismo estaba restaurando su equilibrio. Luchamos contra un punto de vista tan mecánico y espero que no haya necesidad de luchar más contra él en el Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista. Si se nos dicen: “Y dónde están las garantías (nos encontramos una vez más con la demanda de garantías), ¿dónde están las garantías de que el capitalismo no restablezca su equilibrio a través de oscilaciones cíclicas?”, Yo diría en respuesta: no hay garantías y no puede haber ninguna”. Si anulamos la naturaleza revolucionaria de la clase obrera y su lucha y la labor del partido comunista y de los sindicatos, es decir, si anulamos aquello por lo que existimos y actuamos y tomamos en cambio la mecánica objetiva del capitalismo, entonces podríamos decir: “naturalmente, fallando la intervención de la clase obrera, fracasando en su lucha, su resistencia, su autodefensa y sus ofensivas, el capitalismo restaurará su propio equilibrio, no el viejo sino un nuevo equilibrio. Establecerá la dominación del mundo angloamericano en el que toda la economía pasará a manos de estos países y habrá una alianza temporal entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, pero en la actualidad, tal como están las cosas, ese equilibrio se verá de nuevo interrumpido”. La interacción automática de las fuerzas capitalistas, inherente a su naturaleza, opera en esta dirección dondequiera que haya fuerzas superfluas. Tomen el teatro de Europa Central, Checoslovaquia. Esta última ha conservado su industria casi intacta. En la antigua Austria-Hungría, esta industria suministraba a 60.000.000 de personas y hoy suministra a Checoslovaquia, 8.000.000 de checoslovacos y 3.000.000 de alemanes. En todo caso, esta industria altamente integrada beneficia a un pequeño número de personas (una docena de millones aproximadamente) y lo que alguna vez fue el principal sector de la industria de Austria-Hungría se ha mantenido virtualmente intacto. Y así, Checoslovaquia, precisamente porque ha conservado su antigua industria integrada, es incapaz de salir de las condiciones de la crisis. Esto significa que está ocurriendo una destrucción de las fuerzas productivas superfluas. ¿Cuándo cesará la crisis en Checoslovaquia? Cuando la industria haya alcanzado la equivalencia con el mercado, con el comprador, si no se encuentra ningún mercado en los países vecinos.

Por lo tanto, la restauración del equilibrio no siempre representa un crecimiento, sino que a veces representa también una disminución, y de un modo u otro se restablece un equilibrio que ha sido interrumpido por el crecimiento espontáneo de las fuerzas capitalistas y, además, por los acontecimientos bélicos y políticos. Dentro de diez o quince años se creará así un nuevo equilibrio político en los cuerpos y huesos de cientos de miles y millones de trabajadores y trabajadoras, si éstos siguen sometidos dócilmente a la interacción elemental del capitalismo. En otras palabras, el capitalismo checoslovaco debe, para conquistar el mercado exterior, pagar salarios lo más bajos posible a los trabajadores. Y si los trabajadores toleran esto, el capitalismo checoslovaco restablecerá su equilibrio dentro de tales y tales límites; Pero si los obreros resisten, romperán la acción del capitalismo hacia la restauración del equilibrio económico. En otras palabras, tenemos aquí acción y reacción; tenemos aquí la dialéctica de las fuerzas históricas y el resultado vendrá determinado por la correlación de estas fuerzas históricas contendientes.

Y así, nuestro punto de vista era que no debemos temer un resurgimiento económico, ni temer que termine la época revolucionaria. Dijimos que si no logramos la revolución antes de un nuevo avivamiento económico (no una especie de florecimiento del capitalismo, del que seguramente no se puede hablar, sino una nueva oscilación de la coyuntura en el marco de esta un ciclo menor de diez años), si no logramos la revolución proletaria en Europa, el avivamiento industrial no vendrá como un golpe que nos arroje sino como un impulso que nos lance hacia adelante. ¿Por qué? Debido a que,

después de las derrotas iniciales sufridas por la clase obrera (y la guerra en sí misma fue la mayor de las derrotas), y después en 1918-1920-1921 ante el enorme ejército de reserva de desempleados, los estados de ánimo de apatía y agotamiento deben prevalecer, inevitablemente, entre la clase obrera. Pero un renacimiento económico, incluso tan pequeño como el que haría que los propietarios de las fábricas quitasen del ejército de reserva, un trabajador por cada mil trabajadores, por el contrario, se sentiría. Porque los miles de trabajadores empleados en esta fábrica comenzarían a sentirse más seguros y empezarían a avanzar. Un pequeño cambio en la coyuntura tiende a alterar la situación. Naturalmente, esto no tiene lugar mecánicamente. En Europa vemos durante las etapas iniciales, aparentemente sólo el fenómeno opuesto, pero esto cae totalmente dentro de este mismo marco histórico. De hecho, ahora estamos presenciando en Europa la continua ofensiva del capitalismo. En Estados Unidos esta ofensiva ya está disminuyendo, e incluso dando paso a concesiones. En la industria europea el renacimiento es muy débil. En Inglaterra, en Francia y en Italia es apenas perceptible, o totalmente imperceptible. Por otro lado, debido a las peculiaridades de su economía y de su posición internacional, Alemania experimenta fenómenos de mercado cuyo signo es negativo. Cuando se desencadenó una crisis burguesa en todo el mundo, en Alemania se observó un renacimiento febril, que sólo significaba una forma diferente de la ruina del país. Alemania estaba vendiéndose en bloque en subasta a precios baratos. Alemania se vio obligada a lanzar sus productos en los mercados extranjeros en detrimento de su riqueza nacional, a pesar de que la capa capitalista superior recogiese los beneficios. Este acertijo es muy fácil de explicar económicamente. No voy a detenerme en ello. Hoy en día, por el contrario, cuando otros países (Japón, Inglaterra, Francia) están en medio de un renacimiento, Alemania se enfrenta a la amenaza del crecimiento del desempleo por razones que son perfectamente claras. En 1919, 1920 y 1921, y especialmente en 1920, cuando la crisis era espantosa, y el peligro de la revolución proletaria era todavía muy grande, la burguesía no se atrevía, por razones políticas, a tomar la ofensiva contra los trabajadores, y por motivos económicos, por que la situación era tan desesperada, reducciones salariales de 10 % o 15 % o 20 % produjeron pocos cambios en las condiciones básicas del mercado. Pero cuando la estabilidad sustancial se manifestó y los primeros síntomas de una ruptura en la coyuntura llegaron y cuando la crisis dejó de desarrollarse, entonces la burguesía comenzó inmediatamente a pasar a la ofensiva. En la competencia en el mercado mundial una diferencia de 5 a 20 por ciento es de gran valor. Por esta misma razón los obreros se vieron obligados a resistir. Y así, el efecto inicial de una cierta débil mejora en la coyuntura económica encontró su expresión en una ofensiva, en una presión intensificada del capitalismo sobre los trabajadores, pero simultáneamente la resistencia de los obreros también aumentó, porque la lucha de clases se había agravado ampliamente y de manera intensiva. En Norteamérica, el capitalismo está superando a los demás en el camino de las concesiones y, por lo tanto, nos indica el camino del desarrollo futuro del movimiento, es decir, no una lucha defensiva de los trabajadores, sino una ofensiva por parte de ellos sobre la base de esta coyuntura alterada. Pero, compañeros, ¿cómo afecta esta alterada situación a la revolución? ¿Significa que el proletariado conquistará el poder sobre la base de esta mejor coyuntura? Sería absolutamente falso hacer tales predicciones. Esto es posible, pero no hay más garantías que la correlación de fuerzas, que cambia constantemente, porque estas fuerzas vivientes están en conflicto, porque crecen, se agrupan, se reagrupan, se fusionan, etc. Es muy posible que el renacimiento industrial dure un año o dos, un renacimiento muy raquítico que no se corresponde con el declive general de la economía debido a su falta de equilibrio, debido al caos de la moneda, debido a los altos aranceles y las fronteras arancelarias con que todos los

estados, incluso los Estados Unidos, están rodeados, y debido a la inestabilidad diplomática del militarismo.

Todo esto, por supuesto, se corresponde al estado de decadencia del capitalismo. De ahí la naturaleza raquíca del avivamiento. Pero hay una diferencia entre un renacimiento raquíco y una crisis más profunda y la diferencia consiste en que el primero afecta a la organización y a la lucha de la clase obrera. El impulso ya ha sido dado por este avivamiento. Es un impulso hacia un movimiento de masas, y esto es especialmente evidente en Francia. En ese país había un estancamiento casi completo, pero hoy en día una huelga tras otra tiende a volverse de carácter tenaz.

La futura táctica de los partidos comunistas

No sabemos si esta impulso llevará o no a la toma del poder. Esto depende de innumerables factores, sobre todo, naturalmente, en la medida en que la cuestión se plantea políticamente, depende de la táctica, de la futura táctica política. Y sobre esta futura táctica política trataré ahora, una vez más en un breve esbozo. El Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista centró su atención en el partido alemán con la política seguida en marzo que obligó a la Internacional Comunista a revisar todas las circunstancias y a emitir nuevas consignas, fijar nuevas señales y proclamar que la tarea de los comunistas europeos no consistía en conquistar el poder hoy o mañana sino en conquistar a la mayoría de la clase obrera y crear, así, la premisa política para la conquista del poder. El Partido Comunista de Alemania ha asimilado muy bien esta lección. De ahí surgió la táctica del frente único. ¿Qué significa el “de ahí surgió”? El significado es muy claro. Si consideramos que el partido está en vísperas de la conquista del poder y que la clase obrera lo seguirá, entonces la cuestión del frente único simplemente no existe. Pero si tenemos una situación en la que el partido comunista pide una huelga general, como sucedió en marzo de 1921 en Alemania, y el partido es seguido por un quinto o un sexto de toda la clase obrera, mientras que los otros cuatro quintos se mantienen en parte pasivos y en parte profundamente hostiles; de ahí llegamos a convencernos de que debe transcurrir un cierto intervalo, tal vez varios años, antes de la conquista del poder ... Recordemos entre paréntesis que en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista el camarada Lenin comentó: “Camaradas, nuestra posición es por supuesto mala, pero si necesitáis otro año o dos, podemos esperar”. Y en ese momento los camaradas alemanes y un número de camaradas italianos consideraban esto casi como una traición a la revolución proletaria. Sin embargo, han transcurrido casi dos años y nos vemos obligados a prorrogar otra moratoria durante dos años más o, en cualquier caso, hasta el próximo congreso... En resumen, si la situación requiere unos dos o tres años de trabajo preparatorio para la conquista del poder, es necesario reflexionar sobre lo que sucederá en el ínterin con la clase obrera, que tiene sus propias tareas inmediatas: la lucha contra la ofensiva del capitalismo, el inicio de la reacción, etcétera. Pero la clase obrera está dividida. Por supuesto que sería espléndido si la clase obrera estuviera dispuesta a seguir inmediatamente a los comunistas. Pero ése no es el caso. Y en la lucha actual vemos una división entre las organizaciones obreras y las viejas organizaciones culpan de esta división a los comunistas. Y así, los comunistas responden: “En lo que a nosotros respecta estamos listos para la conquista del poder, pero en la medida en que ustedes independientes, y ustedes, obreros no partidarios, plantean tales y tales tareas, en esa medida estamos dispuestos a entrar con usted en un frente único para la lucha contra la burguesía”. En Alemania, después de los acontecimientos de marzo, esta táctica fue adoptada por el partido comunista en su conjunto. Y se ha aplicado con éxito. La

dialéctica de la historia, sin embargo, a veces actúa para volver nuestros propios lemas contra nosotros mismos. El lema del frente único, planteado por la Internacional Comunista en Alemania, ha ganado sin duda una gran popularidad entre los trabajadores alemanes. Pero, ¿con qué resultados? Produjo inmediatamente la unificación de los scheidemannistas y de los independientes contra nosotros; Y la imagen que se ve en Alemania es la de los socialdemócratas unidos que apoyan el ataque salvaje del gobierno contra los comunistas, a los que se está convirtiendo virtualmente en un partido ilegal. Se producen enfrentamientos callejeros y ataques en los que la contrarrevolución monárquica emplea un frente único contra la minoría comunista del proletariado. Y algunos comunistas franceses, como Daniel Renoult, ven en todo esto un argumento contra el frente único, alegando que supuestamente ayudamos a los scheidemannistas a unirse con los independientes. No nos engañemos a nosotros mismos. Al principio, la unificación significa una afluencia de fuerzas materiales para la socialdemocracia. Pero si nos acercamos a esta unificación desde una perspectiva de largo alcance, entonces constituye una ganancia política colosal para nosotros porque la formación intermedia en la forma de un Partido Independiente y de la Internacional II y ½, que sirvió de amortiguador entre los obreros comunistas y los socialdemócratas, confundían las relaciones reales y tendían a dirigir las mentes de una cierta parte de los trabajadores a lo largo de canales pseudooposicionales. Cuando tenemos, por un lado, sólo la socialdemocracia ligada al estado burgués, y por el otro lado sólo a los comunistas que permanecen en la oposición, entonces el poder atractivo del partido comunista debe aumentar al máximo. Y sin duda, en el próximo período veremos el crecimiento de la influencia ideológica del partido comunista alemán, después de que la clase obrera haya tenido en cuenta la unificación de los socialdemócratas y los independientes, aunque sea de manera aproximada. En Francia, sin duda, vamos a la zaga de Alemania. Me refiero al propio partido comunista. Este retraso encontró su expresión en el hecho de que el Partido Comunista Francés, la vanguardia de la clase obrera, repitió sólo recientemente, el mes pasado, los errores de marzo del Partido Comunista de Alemania, aunque a menor escala.

En general, camaradas, la Internacional Comunista es una institución maravillosa. Y la formación que un partido da a otro es igualmente insustituible. Pero, en términos generales, hay que decir que cada clase obrera tiende a repetir todos los errores a costa de sus propios huesos y espalda. A la Internacional Comunista sólo se le puede ayudar en el sentido de cuidar que esa espalda y huesos lleven el mínimo número de cicatrices, pero en la naturaleza de las cosas las cicatrices son inevitables. Lo vimos casi el otro día en Francia. En el puerto del Havre se produjo una huelga de 15.000 trabajadores. Esta huelga de importancia local atrajo la atención nacional de la clase obrera, por su empecinamiento, firmeza y disciplina. Esto llevó a grandes contribuciones en beneficio de los huelguistas a través del órgano central de nuestro partido, *l'Humanité*; se hicieron giras de agitación, y etc. El gobierno francés, a través de su jefe de policía, llevó la huelga a un enfrentamiento sangriento en el que murieron tres trabajadores. (Es muy posible que esto haya ocurrido gracias a la ayuda de elementos anarquistas dentro de la clase obrera francesa que involuntariamente incitan a la reacción.). Estos asesinatos evidentemente debían llevar a producir grandes repercusiones en la clase obrera francesa. Recordarán que las jornadas de marzo de 1921 en Alemania también comenzaron cuando en la Alemania Central el jefe de la policía, un socialdemócrata, envió bandas de la policía militar para aplastar a los huelguistas. Este hecho estaba en el fondo de nuestro llamamiento del partido alemán a una huelga general. En Francia observamos un curso análogo de acontecimientos: una huelga tenaz, que atrapa el interés de toda la clase obrera, seguida de sangrientos

enfrentamientos. Tres huelguistas mueren. Los asesinatos ocurrieron, digamos, el viernes y el sábado se había convocado una conferencia de los llamados sindicatos unificados, es decir, los sindicatos revolucionarios, que mantienen estrechas relaciones con el partido comunista. Y en esta conferencia se decidió llamar a la clase trabajadora a una huelga general al día siguiente. Pero no se produjo ninguna huelga general. En Alemania, durante la (llamada) huelga general de marzo, participaron un cuarto, un quinto o un sexto de la clase obrera. En Francia, incluso una fracción más pequeña del proletariado francés participó en la huelga general. Si uno sigue a la prensa francesa para ver cómo se llevó a cabo todo este asunto, entonces, camaradas, uno tiene que rascarse la cabeza diez veces al reconocer cuán jóvenes e inexpertos son los partidos comunistas de Europa occidental. La Internacional Comunista había acusado a los comunistas franceses de pasividad. Esto era correcto. Y el Partido Comunista de Alemania también había sido acusado antes de marzo de pasividad. Al partido se le exigía actividad, iniciativa, agitación agresiva, intervención en las luchas cotidianas de la clase obrera. Pero el partido intentó en marzo recuperarse de la pasividad de ayer mediante la acción heroica de una huelga general, casi un levantamiento. En menor escala esto se repitió el otro día en Francia. Para salir de la pasividad proclamaron una huelga general para una clase obrera que recién empezaba a salir de la pasividad bajo las condiciones de un incipiente resurgimiento y mejora de la coyuntura. ¿Cómo motivaron esto? Lo motivaron con esto, que la noticia del asesinato de los tres trabajadores produjo una impactante impresión en el comité central del partido y en la Confederación del Trabajo. ¿Cómo no pudo haber producido tal impresión? Por supuesto, ¡fue impactante! Y así se lanzó la consigna de la huelga general. Si el partido comunista fuera tan fuerte como para necesitar sólo emitir un llamamiento para una huelga general, entonces todo estaría bien. Pero una huelga general es un componente dinámico de la propia revolución proletaria. De la huelga general surgen enfrentamientos con las tropas y se plantea la cuestión de quién es el amo en el país. ¿Quién controla el ejército, la burguesía o el proletariado? Es posible hablar de una huelga general de protesta, pero esta es una cuestión de suma importancia. Cuando llegan cables informando de que tres trabajadores han sido asesinados en el Havre y se sabe que no hay revolución en Francia, sino una situación estancada, que la clase obrera empieza a agitarse ligeramente saliendo de la condición de pasividad engendrada por los acontecimientos durante la guerra y el período de posguerra, en tal situación lanzar la consigna de una huelga general es cometer el mayor y más burdo error, error que sólo puede socavar durante mucho tiempo, durante muchos meses, la confianza de las masas trabajadoras en un partido que se comporta de tal manera. Es cierto que la responsabilidad directa en este caso no fue soportada por el partido. La consigna fue emitida por los llamados sindicatos unificados, es decir, revolucionarios. Pero, en realidad, ¿qué deberían haber hecho el partido y los sindicatos? Deberían haber movilizadado a todos los obreros y obreros sindicalizados y enviarlos a difundir estas noticias de un extremo al otro del país. Lo primero era contar la historia como debería haber sido contada. Tenemos un periódico diario, *l'Humanité*, nuestro órgano central. Tiene una circulación de aproximadamente 200.000 (una circulación apreciable). Pero Francia tiene una población de no menos de 40 millones. En las provincias prácticamente no circulan los diarios. En consecuencia, la tarea consistía en informar a los trabajadores, darles a conocer la historia con agitación y tocarlos con rapidez con esa historia. La segunda cosa que necesitaba era dirigirse al Partido Socialista, el partido de Longuet y Renaudel con unas cuantas preguntas (ninguna ocasión podría haber sido más propicia) y decir: “En el Havre, tres obreros han sido asesinados. Nosotros damos

por sentado que esto no puede ser permitido no quedar impune. Estamos dispuestos a emplear las medidas más resueltas. Nosotros preguntamos, ¿qué proponen ustedes?”

El planteamiento de estas cuestiones habría atraído gran atención. Era necesario recurrir a los sindicatos reformistas de Jouhaux, que están mucho más cerca de los huelguistas. Jouhaux fingió simpatía por esta huelga y le dio ayuda material. Era necesario hacerle la siguiente pregunta: “Ustedes, los sindicatos reformistas, ¿qué proponen? Nosotros, el partido comunista, proponemos no celebrar mañana una huelga general, sino una conferencia del partido comunista, de los sindicatos revolucionarios unificados y de los sindicatos reformistas para discutir cómo debe responderse a esta agresión del capitalismo. Era necesario tocar con rapidez los corazones de las más amplias masas trabajadoras que ayer se negaban a escucharnos y que seguían a Jouhaux. Renaudel y el resto. Era necesario hacer girar a las masas trabajadoras. Tal vez una huelga general podría haber salido de ahí, no sé. Tal vez una huelga de protesta, tal vez no. En cualquier caso, era demasiado poco anunciar y gritar que se había despertado en mí la indignación cuando supe por los cables que tres trabajadores habían sido asesinados. En cambio, era necesario tocar con rapidez los corazones de las masas trabajadoras. Después de semejante actividad, la clase obrera entera quizás no hubiera salido en huelga demostrativa, pero podríamos, por supuesto, haber llegado a un sector muy considerable. Sin embargo, se cometió un error, permítanme repetir, en una escala menor que los acontecimientos de marzo. Fue un error en una escala de dos por cuatro. Con la diferencia de que en Francia no hubo asaltos, ni acciones fuera de control, ni nuevos enfrentamientos sangrientos, sino simplemente un fracaso. La huelga general fue un fiasco y por ende un signo matemático menos para el partido comunista, una menor adhesión para los carnés del partido comunista, no una mayor sino una menor adhesión de militantes nuevos. Esto es obvio y en gran medida está relacionado, camaradas, con el hecho de que nuestro Partido Comunista Francés ha estado generalmente rezagado en su vida interna. Se adhirió a la Internacional Comunista en la Convención de Tours en 1920, pero la herencia del antiguo Partido Socialista, la herencia de la extensa cultura parlamentaria, las condiciones republicanas francesas, la tradición de la Gran Revolución Francesa, no pueden superarse fácilmente. No quiero, compañeros, entrar en las complejas interrelaciones que han existido durante el período pasado entre la Internacional Comunista y el Partido Comunista Francés, y cuya tarea era reducir el número de cicatrices en las espaldas del sector de vanguardia de los trabajadores franceses. Como resultado de estas relaciones e intervenciones, las discusiones aquí y las experiencias sobre el terreno allí, han cristalizado cinco agrupaciones dentro del Partido Comunista Francés. Esas agrupaciones ahora están convocadas en París a la Convención del Partido Comunista Francés. Aún no conocemos los resultados. Sin embargo, para caracterizar la esencia de lo que nos gustaría lograr, debo decir unas pocas palabras sobre los propios grupos. El grupo de izquierda se compone de aquellos elementos que mantuvieron el punto de vista revolucionario durante la guerra, y desempeñó un papel importante en la adhesión del partido francés a la Internacional Comunista. Después está el centro que probablemente abarca a la mayoría de los trabajadores porque estos últimos no han recibido aún una educación comunista completa y se unieron a la Internacional Comunista junto con sus viejos líderes locales y nacionales. Luego está el ala derecha. Estos son los enemigos declarados de la Internacional Comunista. Su líder es Verfeuil, que fue expulsado del partido por la Federación del Sena y por la Internacional Comunista.

Hay también un ala izquierda extrema que es un conglomerado de prejuicios anarquistas y reformistas que toma cuerpo en dos o tres miembros principales. Sus seguidores obreros simplemente están afectados por la impaciencia revolucionaria.

Estos son elementos espléndidos que necesitan educación. La tarea consiste en obligar al centro a romper con el ala derecha, a unirse con las izquierdas, sobre la base del programa y la táctica del comunismo revolucionario, y crear un comité central capaz y deseoso de guiar al partido en este espíritu. Y junto a ello es necesario asegurar en este comité central una mayoría de trabajadores vinculados al movimiento sindical de masas, cosa que nunca ha existido en Francia. En Francia, el campo del movimiento sindical es una cosa y el campo de la alta política es otra cosa. Y cuando la Internacional Comunista exigió que estos dos campos estuvieran estrechamente interrelacionados, el comunista Ernest Lafont, un abogado, un diputado y un miembro del partido, declaró: “Esa es una petición tonta. ¿Qué les pueden decir los abogados a los trabajadores sobre el campo del movimiento sindical?” Pero si los abogados no tienen nada que decirles a los trabajadores en el campo del movimiento sindical, entonces debemos decirles que, en general, la dirección es incorrecta. Para la profesión jurídica hay otras instituciones fuera de la Internacional Comunista. Si ustedes se encuentran aquí, significa que deben decidir cuestiones del movimiento obrero y un movimiento obrero sin los sindicatos no es ningún movimiento obrero en absoluto. Para nosotros esto es tan elemental que es embarazoso mencionarlo en una reunión de trabajadores, sobre todo en una reunión de partido. Pero en Francia es necesario luchar contra los prejuicios, dejados por la vieja cultura democrática. En el Cuarto Congreso Mundial de la Internacional Comunista tendremos en el caso del partido francés, bajo la forma de varias tendencias diferentes y todavía en pugna, aproximadamente lo mismo a lo que nos enfrentamos en el Tercer Congreso Mundial de la Internacional Comunista en el caso del Partido Comunista de Alemania. En ese momento, el año pasado, la Internacional Comunista desempeñó un papel importante en la medida en que aceleró el proceso de restaurar la unidad del partido y prestar el mayor servicio a la capacidad de acción del partido. Creo que el Partido Comunista Francés propone, después de aproximadamente un año y cuarto de retraso, hacer lo que hizo en marzo el Partido Comunista de Alemania.

En Italia la situación es aún más aguda. Después de los acontecimientos de septiembre de 1920, el ala comunista, aproximadamente un tercio del antiguo Partido Socialista, se separó, mientras que el antiguo Partido Socialista, formado por el entonces centro y el ala derecha, continuó su existencia. Bajo la embestida de la burguesía que puso el poder ejecutivo en manos de las bandas fascistas, los reformistas se desplazaron cada vez más hacia la derecha, buscando entrar al gobierno, cuyo órgano ejecutivo era y sigue siendo las bandas fascistas. Esto condujo a una escisión en el Partido Socialista entre la derecha y el llamado grupo Serrati, con lo que el partido de Serrati anunció en su congreso que se adhería a la Internacional Comunista. Tendremos en el congreso dos partidos: nuestro Partido Comunista de Italia y el partido de Serrati que, habiendo dado un amplio giro, ahora quieren unirse a la Internacional Comunista. La mayoría de este partido está indudablemente luchando por una verdadera actividad revolucionaria. Aquí tenemos cierta similitud con la situación francesa. En Francia la perspectiva es realizar una unificación del ala izquierda y del centro, pero tanto el ala izquierda como el centro pertenecen formalmente al mismo partido. No son sino dos tendencias, por no decir dos facciones, mientras que en Italia son dos partidos diferentes. Ciertamente, no será fácil amalgamarlos, pues la tarea es amalgamar la filiación proletaria de estos dos partidos y, al mismo tiempo, asegurar una firme dirección comunista revolucionaria. De ello se desprende que, tanto en Francia como en Italia, la tarea es hoy en gran parte de carácter interno, organizativo, preparatorio y educativo, mientras que el partido alemán puede y debe pasar ahora, como lo está haciendo, a una agresiva ofensiva, aprovechando el hecho de que los independientes y los socialdemócratas se han unido y que el partido comunista sigue siendo el único partido de la oposición.

La situación en Inglaterra y Francia

Algunas palabras sobre Inglaterra. Aquí nuestro partido comunista sigue siendo una sociedad educativa y de propaganda que funciona con éxito, pero no un partido capaz de dirigir directamente a las masas.

En Inglaterra, sin embargo, la situación está tomando forma o apuntando en una dirección que nos es favorable, fuera del marco del partido comunista, dentro de la clase obrera en su conjunto. Hoy hemos recibido un cable que informa de que ha dimitido el gobierno de Lloyd George.

Este era el único gobierno más viejo que el nuestro. [*Risas*] Nos consideraban los menos estables entre todos los gobiernos. Este es el educado regalo de Lloyd George para nuestro aniversario, para no herir nuestros sentimientos. [*Risas*] Obviamente esto significa nuevas elecciones en Inglaterra. Y nuevas elecciones implican una lucha entre los tres grupos básicos, que son: los tories, el partido laborista y los liberales independientes. Lo que Lloyd George haga personalmente es una cuestión subsidiaria. Puede ir con los conservadores o con los liberales independientes, abrazado a la mano derecha del Partido Laborista. Su carrera personal es todo lo que está involucrado en ello. Esencialmente, la lucha se producirá entre los tres grupos, y con ello no se excluye de ninguna manera que pueda llegar al poder una coalición del Partido Laborista y los liberales independientes. Lo que esto significa apenas requiere de algún comentario. La aparición de la clase obrera en el poder hará recaer toda la responsabilidad de las acciones del gobierno sobre el Partido Laborista y dará lugar a una época del kerenskismo inglés en la era del parlamentarismo, proporcionando un ambiente favorable sin paralelo para el trabajo político del partido comunista. En caso de que los tories ganen (dudo en sopesar las probabilidades, pero supongamos que son favorables), sólo significaría un empeoramiento de la situación interna del país. Se presentaría una tendencia a agudizar la oposición del Partido Laborista y, por lo tanto, traería consigo nuevas elecciones muy rápidamente, porque las elecciones en Inglaterra pueden tener lugar dentro de un mes o unos meses, como ha sucedido más de una vez en el pasado. En otras palabras, la estabilidad de la situación política interna, reforzada por la coalición encabezada por Lloyd George, queda relegada al museo con la partida de Lloyd George, e Inglaterra está experimentando choques y oscilaciones que sólo pueden jugar en nuestro favor.

En Francia, la política del Bloque Nacional encabezada por Poincaré se asemeja a la de Lloyd George y no difiere de ésta en nada, aunque un corresponsal de Londres me informó hoy que la opinión de Inglaterra es que la política de Lloyd George está tan alejada de Poincaré como el cielo de la tierra, y que a diferencia de Lloyd George, que goza de una gran popularidad en Rusia, Poincaré goza de una gran animosidad. A esto mi respuesta fue que Lloyd George pelea justificadamente con Poincaré por la animosidad en lo que concierne a nuestras masas trabajadoras. Estaba muy asombrado y prometió hacer conocer este descubrimiento en la prensa inglesa. [*Risas*] En Francia, el bloque encabezado por Poincaré tiene dos años más de recorrido antes de su desaparición formal, y es incuestionable que el poder en Francia será asumido por el “Bloque de Izquierda”, cuyo líder Herriot nos visitó aquí en Moscú. Él será el primer ministro. No hay otro candidato excepto Caillaux, que Clémenceau exilió de Francia como a un traidor porque Caillaux quiso terminar la guerra. Caillaux tiene que ser primero perdonado, lo que sólo puede hacerlo un nuevo parlamento y luego puede que debido a su influencia aparezca a la cabeza del gobierno. Pero el candidato más probable en la actualidad es Herriot que está preparando el trasfondo y las condiciones

para una nueva política, para el kerenskismo francés, porque la asunción del poder por el “Bloque de Izquierda” significa un gobierno de radicales y socialistas, que indudablemente entrarán al Bloque de Izquierda. Una vez más, la situación es excepcionalmente favorable para el partido comunista porque hoy los socialistas, los radicales y Jouhaux, están luchando contra el Bloque Nacional, pero al día siguiente sólo un partido luchará contra el nuevo bloque. Si se materializa un “Bloque de Izquierda” porque el antiguo cascarón del Bloque Nacional se ha convertido en decrepito, entonces el partido comunista aparecerá como el único partido de la oposición y, en consecuencia, tal cambio será más ventajoso para nosotros. En los dos principales países de Europa (Inglaterra y Francia) se está produciendo un cambio de regímenes. Inglaterra está a mitad camino, mientras que en Francia se prepara una liquidación del régimen que surgió de la guerra y la victoria lograda por estos países. Y ahora se está produciendo un viraje interno, la más violenta interrupción de la estabilidad de estos estados, estabilidad que tuvo que ser reconstituida o semirreconstituida después de la guerra, y esto abre perspectivas más amplias para el partido comunista. Todos estos son los factores positivos que estamos teniendo en cuenta. Sin embargo, camaradas, todo lo que digo nos lleva a la conclusión de que aún permanecemos en Europa en el período de preparación, el período de organización, de una revisión interna de los partidos comunistas, el período de su templanza y su lucha por la influencia en las masas trabajadoras. Esto significa que nosotros, la república soviética, debemos permitir a los partidos comunistas de Europa otro año, o dos o tres, para el trabajo preparatorio de cara a la conquista del poder. Este trabajo preparatorio es más difícil que en nuestro país porque el enemigo allí es más experto e inteligente. Y vemos en todos los países europeos la creación de bandas fascistas contrarrevolucionarias, que no tuvimos en nuestro país. El fascismo es un gobierno dual, no oficial, al que le cedió lugar y honor el gobierno oficial. Este gobierno no oficial no se ve obstaculizado por ninguna norma democrática ficticia, muertes, masacres. El fascismo ha dejado de ser un fenómeno puramente italiano. El fascismo se está extendiendo en todos los países. En Alemania está constituido por la organización Orgesch y las pandillas, que sólo emplean una etiqueta diferente. En Francia, el fascismo lleva el sello realista. Como ustedes saben, en Francia hay un Partido Realista encabezado por León Daudet, hijo del novelista Alphonse Daudet. Leon Daudet es un bufón malicioso. ¿Qué es lo que quiere? Él quiere restaurar, por la gracia de Dios, a uno de los Capetos. Este es un programa arcaico para la República Francesa, pero el caso es que Daudet lucha contra la república como un realista y no necesita respetar las normas de la república, las normas de la democracia. Él organiza las pandillas que están a su disposición para los pogromos, y la burguesía dice: “Este mi hombre.”

El partido de Daudet difiere de otros partidos en que no está atado ni por los prejuicios ni por las ficciones superficiales de la democracia. Daudet sabe cómo preparar ataques incendiarios, asesinatos, sangres y etc. A menos que mi memoria me falle, la prensa francesa, ha informado desde que la guerra, en cinco o diez ocasiones, de rumores sobre el nombramiento de Leon Daudet (este bufón malicioso, este Purishkevich francés) como Ministro de Asuntos Internos. Y esto no es broma en absoluto. Hoy esto es prematuro, pero tenemos aquí una figura alrededor de la cual se están reuniendo los elementos correspondientes, elementos seleccionados que jugarán el papel principal de la república al otro lado de las barricadas. Similarmente en todos los demás países. Dejo a un lado a Inglaterra, el parlamento inglés y el parlamento francés. ¡En Inglaterra las iglesias cuentan! No por nada Lloyd George dijo que la Iglesia es la central eléctrica de todos los partidos, manteniendo en sus manos a todos los líderes de la clase trabajadora. Y, además, tienen las bandas auxiliares de las tropas de choque

para el asalto directo. Esto nos da alguna idea de las dificultades colosales en medio de las cuales los partidos comunistas tendrán que hacer su camino incluso después de que conquisten a la mayoría de la clase obrera. Pero todavía no han conquistado esa mayoría. Todavía deben conquistarla. En consecuencia, nos enfrentamos a un proceso prolongado. La lucha del proletariado europeo y mundial por el poder es muy ardua y sinuosa, pero con una política correcta es absolutamente segura, absolutamente cierta. Paralelamente a la lucha se producirá el proceso grandioso de nuestra acumulación socialista, nuestra construcción socialista aquí, en casa.

Del trabajo al azar a la construcción sistemática

Desde este punto de vista, debemos hacer una transición en todas las relaciones desde un estilo de vida a salto de mata a formas estables y establecidas, desde el trabajo al azar hasta el trabajo sistemático y metódico. Todos hemos pecado en este punto. Debemos pasar de nuestra absoluta universalidad (y en esto estoy totalmente de acuerdo con el camarada Bujarin) a la especialización. Debemos comenzar a perfeccionar nuestros conocimientos en todos los campos y lo más importante de todo es que debemos hacer la guerra contra un tipo creado por nuestra historia durante los últimos cinco años. Es el tipo de individuo que es capaz de todo, lo sabe todo, supervisa desde el banquillo y emite directivas a todos. Viví en la emigración en Viena durante varios años y los vieneses tienen una palabra que creo que no se encuentra en ningún otro idioma. Esta palabra es “kibitzer”. Tomen nota de ella. Sera útil. Se aplica a un hombre que cuando, por ejemplo, otros dos están jugando un juego de ajedrez, se sentará e, indefectiblemente, sabrá siempre el mejor movimiento que debe hacerse. Pero cuando te sientas a jugar con él resulta ser un chapucero de primera clase. Esto, por supuesto, no se aplica solo al ajedrez, sino a cualquier cosa que se quiera, a cuestiones de tecnología, así como a las tiendas de herramientas y etc.

Entre nosotros está muy extendida esta enfermedad “kibitzer”. Y fluye, repito, de toda nuestra situación. Todos nos veíamos arrojados de aquí para allá, convirtiéndonos en aficionados en todos los oficios, pero no en maestros de ninguno. Y tuvimos que soportar este modo de vida nómada. Era inevitable. Pero en la medida en que se está llevando a cabo una prolongada labor preparatoria en Occidente para lograr la disciplina y conquistar la confianza mientras nosotros en nuestro país trabajamos conquistando la vida económica, en la misma medida la transición al trabajo sistemático y metódico juega un papel colosal Y ahí surge la cuestión crucialmente importante de reproducir nuestro partido, reponer y regenerar sus filas y compensar las pérdidas.

La educación de la juventud, cuestión de vida o muerte para nuestro partido

En la misma célula de la antigua fábrica de Bromley, donde pasé varias horas, me sorprendió el hecho de que el partido estuviera allí unido principalmente por los cuadros mayores, es decir, por los trabajadores de las generaciones mayores. El hecho es que la generación que creció en 1916-1917 aparentemente no se siente atraída por nosotros. Los trabajadores de Bromley me dijeron que los jóvenes proletarios que han alcanzado la edad de 21, 22 o 23 años, y especialmente los de 24 años, muestran poco interés por la política. Entre ellos hay apatía, cierta indiferencia: la embriaguez y el juego de cartas son más frecuentes que entre las generaciones más viejas y las más jóvenes, que ahora tienen 17, 18 o 19 años y que constituyen el elemento más auspicioso y sensible. Esta nueva generación ha madurado ya dentro del marco de un

poder soviético estable. En su conjunto, piensa en sí misma sólo en términos soviéticos. Busca liderazgo, es más culta, tiende a agruparse alrededor de nuestros clubes, tiende hacia la cultura. Esta es la generación que el partido puede tomar por completo en sus propias manos.

Es una nueva generación que ha crecido bajo las condiciones del régimen soviético, y refleja esas condiciones. Y así debemos asegurar la restauración del capital básico de nuestro partido. Con esto no quiero lanzar una frase rimbombante. Digo que la cuestión de educar a los jóvenes es ahora una cuestión de vida o muerte para nuestro partido.

En el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista, en el que volveremos a estudiar la situación internacional, en el que tendremos que conceder nuevamente un aplazamiento a la revolución europea, diremos que durante el año y medio que ha transcurrido desde el Tercer Congreso Mundial nos hemos mantenido firmemente sobre nuestros propios pies, y nos mantendremos porque, en primer lugar, hemos aprendido a manejar el poder del estado, cómo a maniobrar con él y manipularlo. Y, en segundo lugar, porque hemos aprendido y estamos aprendiendo a usar el capital básico de nuestro partido.

La purga demostró ser muy beneficiosa. Esto es perfectamente claro e indiscutible hoy en día. Ha restaurado la confianza política del partido en sí mismo, pero al mismo tiempo ha restringido y reducido nuestro partido eliminando a los elementos perdidos y disminuyendo así los cuadros del partido. Mientras tanto, la tarea en nuestro país sigue siendo gigantesca. Antes de que transcurra un cierto número considerable de meses no aparecerá en el horizonte europea una nueva potencia estatal, y tal vez incluso un cierto, aunque no grande, número de años. Y nuestro trabajo, por supuesto, se desarrollará en mejores condiciones que en los últimos cinco años. Sin embargo, no estamos asegurados contra nuevas explosiones de furia capitalista contra nosotros, incluyendo la aparición de nuevos frentes de guerra. Todo esto procede precisamente de la dialéctica de la lucha de clases. En este momento, la intensificación del movimiento revolucionario en Europa podría ser una señal para un ataque contra la Rusia soviética. En la práctica, el incipiente poder proletario en Alemania (y la historia aún desvela su enmarañada madeja desde Rusia a través de Alemania hacia Occidente) ha planteado ante nosotros tareas que van mucho más allá de los límites de nuestra construcción interna. Para ello es imprescindible renovar nuestros cuadros partidarios, crear una poderosa reserva de juventud. Y mientras, diremos nuevamente a los partidos comunistas: “Ustedes, los comunistas europeos deben ir a las masas antes de que la cuestión de la conquista del poder conquistador se les planteé de inmediato. Ustedes deben aprender a corregir sus errores. Debemos aprender a conquistar a las masas. Entonces le diremos a nuestro propio partido: “Ante nosotros hay un joven partido que debemos conquistar para sostener la fortaleza soviética en nuestras propias manos hasta que la revolución proletaria conquiste Europa y más tarde la todo el mundo.”

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es